

EN MEMORIA DE ALBERTO DÍAZ TEJERA

Por MANUEL OLIVENCIA RUIZ

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras nos convoca hoy a este acto “en homenaje y recuerdo del que fuera su Académico de Número y Vicedirector, el Excmo. Sr. D. Alberto Díaz Tejera”. No hay mejor homenaje que el recuerdo de quienes ya no están con nosotros. Recordarlos es volver a traer su presencia al corazón, a la memoria y a los sentimientos, como Alberto nos decía hace doce años, al oficiar él esta ceremonia del recuerdo “In memoriam Johannis Collantes de Terán, Doctoris”. Y añadía, en su tesis platónica, que los sentimientos, a diferencia de las ideas, no constituyen una dimensión universal, dogmática, que pueda proyectarse; son algo individual e intransferible. Por eso, querido Alberto ¿cómo expresar los sentimientos? ¿cómo transmitir a otros lo intransmisible? Creo que sólo cuando los destinatarios de esa manifestación comparten análogos sentimientos cabe, no proyectarlos, pero sí suscitar en aquéllos el brote del recuerdo, de las propias vivencias; lo que no es transmisión, sino sintonía, coincidencia. Hoy, en esta que era tu Casa, nos reunimos los tuyos, tu familia, tus compañeros, tus amigos, para recordar juntos, para conmemorar, para sumar nuestros sentimientos y ofrecértelos en homenaje a tu memoria.

Quienes van a seguirme en la palabra, en la expresión de los sentimientos, recordarán, con mayor autoridad, la personalidad de Alberto Díaz Tejera, universitario, humanista, académico, su obra, sus ideas. Yo voy a quedarme en el recuerdo de la persona,

más que en la personalidad; en el hombre, más que en el humanista; en los sentimientos, más que en las ideas.

Es difícil descubrir a la persona que subyace a la personalidad, cuando ésta destaca con relieve en una actividad pública, en la docencia, en la investigación, en el saber; pero lo importante es la persona, en su esencia privada, en su intimidad, en lo que pertenece a lo interior de su espíritu, a esa parcela reservada a sus "íntimos", a sus más próximos en los sentimientos y, de entre éstos, en el del afecto. Aunque la suya era una intimidad desbordada, generosamente derramada, abierta, acogedora, sin recovecos, diáfana como su conversación, como su forma de comunicarse con los demás, transparente, como su vida misma.

Su vida fue recta, orientada por la vocación docente y por el amor a las humanidades. Desde su Fasnía natal, desde la casa de labor de su familia en la agricultura montuosa de la medianía de las laderas del Teide, al sur de la isla de Tenerife, hasta su última morada en la Sevilla ubérrima, su itinerario describe una línea quebrada: La Laguna de su Bachillerato y de sus cursos comunes de Filosofía y Letras; el Madrid de su especialidad en Clásicas; el Bilbao de su Cátedra de Instituto; la Sevilla de su Universidad. Pero en esas idas y venidas no hay más que el trazo rectilíneo de una vocación decidida, sin desvíos ni alteraciones. Su vida es la dedicación a lo que por amor eligió; por eso, encontró en ella la felicidad de la obra bien hecha, de quien hace lo que quiere, esto es, aquello a lo que ama. Su vida fue una vocación satisfecha; su alegría expresaba el placer del trabajo realizado a gusto, del trabajo en el que gustosamente se realizaba. Y fue esa vocación, esa llamada del espíritu, la que le llevó a Madrid a encontrar a sus maestros –los Profesores Rodríguez Adrados, Fernández Galiano, Lasso...- y la que fue ocasión para que encontrara el amor de Goya, su compañera de estudios, de trabajo y de preocupaciones, pero, sobre todo, algo más que compañera, esposa, madre de sus hijos. Unidos también en el éxito de las oposiciones al entonces prestigioso Cuerpo de Catedráticos de Instituto, tuvieron que superar la distancia de sus destinos administrativos –Goya, en su Cátedra de Lengua y Literatura, en Santander; Alberto, en Bilbao- hasta coincidir en la capital vizcaína, donde nacen sus cinco primeros hijos (Alberto, Alejandro,

Carlos, Fernando y Helena –con hache naturalmente-). Y Sevilla, la culminación de sus aspiraciones universitarias, a la que llega por oposición en 1969, mientras Goya obtiene por concurso la Cátedra del Instituto Velázquez. Sevilla es el último destino: aquí nacen sus hijas menores (Sofía e Irene, nombres griegos) y aquí transcurren los treinta últimos años de su vida.

Alberto llega a nuestra Universidad en una época de transformación: los fines de los años sesenta y principios de los setenta acusan el auge del movimiento estudiantil y el declive del régimen político; la Universidad hispalense experimenta una crisis de crecimiento, de superación de viejas estructuras y de adaptación a nuevas realidades, bajo el fructífero rectorado de Manuel Clavero; en la tradicional Facultad de Filosofía y Letras se crean nuevas Secciones, entre ellas la de Clásicas. Y aquel joven, dinámico, entusiasta Profesor encuentra un campo abonado para desplegar sus dotes de iniciativa y de innovación, que pronto le llevan al Decanato de su Facultad. Coincidimos en la Junta de Gobierno –yo, por la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, de nueva creación- y tuve la oportunidad de conocerle y de trabar una amistad que fue creciendo con los años y con las experiencias comunes, en las que se insertó, muy intensamente, la compartida en esta Casa, que él estaba llamado a dirigir.

Me impresionó desde el primer momento aquel joven Decano por la profundidad de sus saberes y por su visión de la Universidad, tan importante y sólida como la sencillez con que la defendía. Alberto tenía la modestia del sabio, adversa a toda ostentación y a toda vanidad. En su conversación, desenvuelta y desenfadada en apariencia, envolvía el rigor de su pensamiento, de una mente poderosa y cultivada. Todo con la sencilla modestia y hasta con la humildad del sabio, como su figura física: escasa y alborotada su cabellera; viva la mirada, a través del cristal de sus gafas; alegre su sonrisa, entre ingenua y socarrona, entre la bondad y la travesura; descuidada su indumentaria, fiel reflejo, ese discreto desaliño, de su carácter y de su escala de valores: su desinterés por lo material y por lo accesorio; su sensibilidad por lo espiritual y por lo trascendente. Alberto sólo concedía importancia a lo importante, despectivo siempre con lo fútil y con lo fatuo. Pero esa misma sencillez le llevaba a apreciar las cosas

más simples, a sentir el placer de lo elemental y cotidiano, el gusto por lo pequeño, propio de los grandes espíritus: el aperitivo con los amigos, la copa como motivo de conversación. Le veo, jovial (de Júpiter), a la hora del mediodía, que para mí era la ritual del café antes de clase, en el Bar de Ciencias, con una humeante tapa de cocina entre manos, dispuesto a saborear con fruición aquel condumio casero. “-¡Manolo, hay que disfrutar de la vida, mientras se pueda...!”. Había salido ya de su primera operación quirúrgica, eufórico, optimista, agarrado a la vida, deseoso de alejarse del dolor y de la muerte, de encontrar el más elemental de los placeres epicúreos. “Mientras se pueda...”; pero volvió a sentir pronto la mordedura de la “víbora de la espigaruela”.

Modesto, humilde, con la sencillez del sabio..., pero orgulloso; sentía la estima y hasta la vanidad –pecado venial en los académicos, según la moral de mi maestro Joaquín Garrigues- de lo propio, de lo más propio y exclusivo, de su familia. Ahí estaba la fibra -o el tendón de Aquiles- de su legítimo y fundado orgullo, en la familia que habían creado Goya y Alberto, compañeros de estudios, de trabajo, de preocupación, pero, sobre todo, padres y educadores de sus siete hijos. Una familia crecida entre libros y educada en el modelo del trabajo intelectual, de los valores del espíritu, del humanismo. Y había motivos para sentirse orgulloso y hasta para experimentar la satisfacción de la vanidad, de la que provoca el elogio de los demás.

Su familia numerosa es un modelo de familia universitaria, la que encuentra en su casa el cabal magisterio de los padres. Formados en ese ambiente, guiados por las sabias manos de dos educadores ejemplares, sus hijos adquieren una sólida formación y destacan en sus estudios universitarios, en sus actividades profesionales, en su vida de trabajo. Ninguno –es curioso- en las especialidades de los padres; no hay helenistas, ni latinistas, ni filólogos, ni literatos entre los hijos, pero todos son modelos de universitarios. No es corriente encontrar en una familia tres premios extraordinarios de Licenciatura, que ya no es, lamentablemente, una distinción académica conferida por la Universidad (la de Sevilla no la otorga), sino por Corporaciones públicas (el Ayuntamiento, la Real Maestranza) a los mejores expedientes de cada Facultad o Escuela. Alberto, el primogénito de

los Díaz Moreno, en Derecho; Carlos, en Ciencias Económicas y Empresariales, y Sofía, en Químicas, dieron esa satisfacción a sus padres.

Me honro con el magisterio del primero de sus hijos, discípulo mío en la Facultad de Derecho y hoy compañero de Cátedra. Por eso viví con su padre las alegrías y —¿por qué no?— también el orgullo de sus triunfos. Retengo en mi memoria la imagen de Alberto padre entre el público asistente a los ejercicios de oposiciones a la Cátedra de Derecho Mercantil de la Universidad de Huelva de Alberto hijo; la sonrisa de complacida aprobación con que celebraba las afirmaciones de éste sobre la doctrina de la empresa o sobre el interés en el contrato de seguro, y la satisfacción de ver llegar a su hijo a una Cátedra universitaria.

Pero, como yo conocía mejor al mayor, Alberto padre me ponderaba la valía de sus otros hijos por comparación con aquél: Alejandro, también jurista y en la senda de la carrera universitaria; Carlos, economista, profesor de la Universidad de Minnesota; Fernando, arquitecto; Helena, psiquiatra; Sofía, química, investigadora en Grenoble, e Irene, todavía estudiante en la Facultad de Biológicas.

Este era el motivo de orgullo de un hombre modesto, de un sabio humilde, buen padre y buen educador, que sembró en terreno abonado la buena semilla y volcó en los suyos el caudal de sus ideas, pero, sobre todo, de sus sentimientos; de sus saberes, pero, sobre todo, de su ejemplo.

Hoy nos sentimos también suyos, sus amigos, sus compañeros; nos duele la pena de su pérdida, pero proclamamos, gozosos, el ejemplo de su vida, de su obra, de su magisterio, de su bondad.